

expresar el común anhelo de Liberación Nacional de todos esos sectores, pero también, al mismo tiempo, el proyecto de cada uno, alguien que fuese capaz de representarlos a todos al mismo tiempo y a ninguno en particular. Ese líder fue Perón: un militar nacional, industrialista y obrerista.

Más allá del afecto que perdura en la memoria de las mayorías populares argentinas, nadie puede suponer que Perón gestó la industria, inventó la clase trabajadora y convirtió en nacional a un sector del ejército sino que, por el contrario, esa industria en crecimiento, esos trabajadores concentrados en el Gran Buenos Aires y esos soldados enemigos de ingleses y yanquis generaron un líder. La realidad clamaba por un hombre para desempeñar un rol protagónico y ese hombre emergió, justo es decirlo, con un talento político y una capacidad pocas veces vistos, para colocarse en la cúspide del frente nacional.

Este coronel que en 1945 llegó al instante decisivo de la lucha controlando la Vicepresidencia, el Ministerio de Guerra y la Secretaría de Trabajo y Previsión, organiza su gobierno, poco después, otorgando a un hombre de la burguesía nacional el manejo de la economía y a la CGT única, a la cual se vincula a través de Evita, las cuestiones laborales, mientras él actúa como Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas. Sobre él actúan así los reclamos de los distintos aliados integrantes del frente antiimperialista y él procura, durante largos años, que cada uno de ellos lo sienta su representante.

Colocado por encima de todos los sectores nacionales, como un gran padre que no admite preferencias por nadie, conforma a su alrededor una burocracia obediente para llevar adelante el proceso de Liberación Nacional. Sin embargo, el apoyo simultáneo de empresarios nacionales y de trabajadores no puede expresarse en un modelo que sea al mismo tiempo capitalista y socialista, sino en una sola dirección y ese proyecto resulta el capitalismo autónomo a que hemos hecho referencia.

Por un lado, siendo Perón un hombre perteneciente a una institución integrada al aparato del Estado, no podía ocurrírsele subvertir el sistema de propiedad privada, especialmente si ello no resultaba necesario para su liderazgo. Por otro lado, el nivel de conciencia alcanzado por los trabajadores no reclamaba la instauración del socialismo, sino una sustancial mejoría de sus condiciones de vida, que era posible alcanzar dentro de ese marco capitalista.

Perón, pues, como líder del movimiento nacional, representa a todos sus componentes y se coloca, para gobernar, por sobre todos ellos, pero concreta, desde su perspectiva peculiar, el proyecto de la burguesía nacional cobarde e impotente, aunque con perfiles muy singulares. La apropiación parcial de la renta diferencial a que hemos hecho referencia juega entonces como base de sustentación del movimiento policlasista y permite a un hombre de excepcionales condiciones políticas expresar a más de la mitad de los argentinos.

Esa conducción tiene, inevitablemente, rasgos específicos: es personalista, vertical y pendular. Solo en el líder deben concentrarse las presiones, reclamos o propuestas. No hay debate en la cúpula, pues peligraría la unidad del movimiento. Perón es la instancia suprema, pero no el dictador ególatra, autoritario y arbitrario que impone su voluntad porque los sectores del movimiento tienen "miedo a la libertad", como supone la interpretación liberal, sino, en definitiva, el intérprete de lo que ocurre en las calles, los barrios, los cuarteles y las fábricas, el árbitro final de todas las disidencias, la síntesis de los planteos contrapuestos. Es el conductor de amplias masas sociales que se ve obligado a revalidar su liderazgo permanentemente, con medidas concretas, para no perderlo. El pueblo trabajador y él se entienden directa y permanentemente, reclamando las masas y respondiendo el líder a esos reclamos.

Con respecto a esta cuestión, Jauretche le aconseja en una oportunidad: -Hay que construir cuadros medios capaces, eficientes, formados política e ideológicamente. [...] Pero el General no lo estima necesario y le contesta que él sólo se entiende directamente con la tropa.

Este modo de conducción provoca que Perón no acepte a su lado estrellas con luz propia que concluirían expresando a un ala particular del frente y comprometerían su equilibrio. "No te ilusiones -le dice Jauretche a Cooke, cuando su figura ha crecido mucho en el peronismo, y le profetiza-: Ya pagarás caro lo que te has agrandado ahora, como lo han pagado todos los que se han levantado siquiera un centímetro del rasero común". Por esa razón, Perón se preocupa de no tener vicepresidentes con fuerte personalidad en los cuales pueda influir algún sector del frente (Quijano, Teisairé e Isabel fueron figuras decorativas; además, Perón gobernó, hasta que pudo, sin vicepresidente en la segunda presidencia). El conductor se rodea de hombres inteligentes y capaces -Ramón Carrillo, por ejemplo- especialmente en su área específica, técnica, pero siempre que no tiendan a emerger como posibles expresiones de un sector, como futuros líderes con equipos y voluntades difícilmente manejables. En otros casos, recurre a burócratas, algunos de los cuales solo ofrecen como virtud la capacidad de obediencia, y hasta de obsecuencia.

Por eso cae Domingo Mercante en la provincia de Buenos Aires y por eso, también, se producen varios cortocircuitos en la relación Jauretche-Perón, así como el apoyo de Scalabrini, Hernández Arregui o Cooke, si bien permanente, se verifica desde cierta distancia del poder.

Este personalismo se completa con el verticalismo que asegura al conductor el dinamismo y la ejecución de sus decisiones, sin empantanamientos ni discusiones en los estratos intermedios. Así se galvaniza la unidad del movimiento pero exige entonces que el propio líder se desplace, dentro del frente, para conformar a todos sus componentes. El personalismo y el verticalismo se integran entonces con la conducción pendular, es decir, la adopción alternada de posiciones tendientes a la izquierda, al centro o a la derecha de su movimiento, respondiendo, en cada caso, a las diversas presiones, sin fijar el péndulo demasiado tiempo en una posición, lo que provocaría el creciente descontento de los sectores ubicados en posición antagonica. Conducir -para Perón- es ordenar el caos, es decir, galopar sobre los acontecimientos turbulentos y apaciguar las contradicciones con respuestas parciales y alternadas, para mantener la cohesión del todo. Al "Bebe" Cooke se lo plantea claramente en sus instrucciones cuando este es su delegado personal: "No debe olvidar que usted, en esta tarea, es una especie de Padre Eterno, que ha de dar la bendición a todos por igual y que, si se embandera en la lucha parcial de los pequeños bandos, termina por perder a uno de ellos y eso no debe ser. Hay que arreglarlos a todos porque todos sirven para algo"⁷. Le agrega en otra oportunidad: "Usted debe conducir el todo y no las partes"⁸.

Es decir, la unidad del movimiento debe estar por encima de todo ("para cada peronista no hay nada mejor que otro peronista") o como sostiene en *Actualización doctrinaria*: "No hay que mirar al costado, sino al frente donde está el enemigo". Y para mantener la unidad hay que conformar, alternativamente, a un costado y al otro, cuidando que las disidencias laterales no se conviertan en frontales, provocando a veces desconcierto y otras veces disgusto, pero cicatrizando inmediatamente las heridas, reagrupando y consolidando siempre la confianza dispensada por las diversas alas del movimiento.

⁷ Carta de Arturo Jauretche a John W. Cooke, del 15/10/1956, en Archivo Arturo Jauretche.

⁸ Carta de Perón a Cooke, del 22/6/1957, reproducida en *Correspondencia Perón-Cooke I*, Buenos Aires, Papiro, 1972, p. 188.

⁹ Carta de Perón a Cooke, del 26/4/1958, reproducida en *Correspondencia Perón-Cooke II*, ob. cit., p. 56.

La conducción se privilegia entonces frente a la ideología o, lo que es lo mismo, la táctica sobre la estrategia: "Para nosotros -dice Perón- no hay nada de cierto ni nada que se pueda negar, previo a una aprobación que nosotros hacemos y en el método que aplicamos. Nuestra tercera posición no es centrista. Es una colocación ideológica que está en el centro, la izquierda o la derecha, según los hechos. Obedecemos a los hechos"¹⁰.

De este modo, el líder no se compromete de manera permanente con ninguna posición política que no sean las tres banderas fundamentales del movimiento, sino que rebobina cuantas veces sea necesario, "baraja y da de nuevo" tantas veces como lo crea conveniente, lo cual escandaliza a algunos minuciosos opositores que recortan frases del General para contraponerlas y demostrar su falta de consecuencia. Uno de ellos, Orestes Confalonieri, se ocupó de archivarlas para lanzar, luego del golpe militar del 55, un libro titulado *Perón contra Perón* (1956), donde demostraba que el mismo caudillo que había estado a favor de determinadas medidas, luego había estado en contra o a la inversa (enseñanza religiosa, pacificación, divorcio, relaciones exteriores). Perón no se inmutó nunca ante esas críticas y procedió siempre pragmáticamente según las condiciones en que debía moverse, con la certeza de que las bases sociales del frente no amenguaban la confianza que le habían dispensado por estos desplazamientos hacia uno u otro lado. Dentro del frente, él podía recorrer todo el espectro e incluso a veces hasta saliéndose del frente, demostrando que su objetivo máximo o utopía nacional era representar a todos los argentinos, sin exclusiones. "¿Derechas? ¿Izquierdas? Yo el partido lo manejo con las dos manos", dirá burlándose de los ideólogos. Y en otra oportunidad graficará su conducción pendular: "El movimiento debe ser como un avión que solo logra mantener el equilibrio y avanzar, gracias a las alas contrapuestas".

Curiosamente, otro gran jefe nacional del siglo XX -Hipólito Yrigoyen- afirmaba que debíamos agradecer la existencia de orillas contrapuestas pues ellas permitían instalar el puente. También el jefe radical integraba su movimiento con sectores sociales bien diferenciados y se movía pendularmente para contentarlos, aspecto sobre el cual no han indagado mayormente los exégetas del radicalismo. Desde el más humilde "peludista" de barrio -laburante o quinielero- hasta los estancieros aristocratizantes que conformaban el grupo "azul" del radicalismo, se abría también un abanico amplio que explica la política ambivalente practicada muchas veces por don Hipólito. Solo que Yrigoyen disimulaba los antagonismos de su frente nacional (chacareros, empleados, maestros, pobrero de las provincias, e inclusive sectores obreros y estancieros) hablando muy poco, escribiendo menos y apelando, cuando era inevitable expresarse, al lenguaje difuso de "la causa" contra "el régimen", las "patéticas miserabilidades" y las "efectividades conducentes". Con su silencio y su peculiar lenguaje, Yrigoyen no decía nada, pero mantenía la unidad de su movimiento, que según entendía no era "un partido" sino la Patria misma. En cambio, Perón, en extensos y sucesivos discursos, lo decía todo, basado en la confianza que había ganado ante las masas, que no repararían seguramente en sus contradicciones en las distintas épocas y asimismo entendía que su movimiento se identificaba con la Patria.

En una oportunidad, el padre Hernán Benítez le aconseja rever algunos fundamentos de su trabajo *La comunidad organizada*, leído en el Congreso de Filosofía de Mendoza, y el General le contesta: "-Pero, Padre, ¿usted cree que algún peronista va a leer *La comunidad organizada*? A mí la gente me sigue por lo que yo hago, no por lo que yo digo"¹¹.

En las tácticas de Yrigoyen y Perón se encierran las dos maneras de conducir el frente

¹⁰ Discurso de Juan D. Perón del 5/9/1950, reproducido por *La Nación*, Buenos Aires, 6/9/1950.

¹¹ Testimonio del padre Hernán Benítez, en Galasso, Norberto: *Conversaciones con el padre Hernán Benítez, el confesor de Eva Perón*, Rosario, Homo Sapiens, 1999, p. 48.

policialista. Así se explica que, apreciando los silencios del jefe radical o recurriendo a alguna cita siempre encontrable del jefe peronista, hayan podido enfrentarse los radicales entre sí y también los peronistas entre sí, con posiciones antagónicas pero adjudicándose, en las respectivas polémicas, la exclusividad de la identidad radical o peronista.

Bonapartismo y "comunidad organizada"

Ese juego pendular de Perón, esos giros imprevistos, esas oscilaciones que van de una política de conciliación a una de dureza, a veces en reducido lapso de tiempo, fueron impugnados por la oposición liberal sindicándolos -desde esa perspectiva estrecha que se queda en la superficie de las cosas- de engaño, inescrupulosidad, oportunismo o arbitrariedad. No comprendían -no comprenden, algunos, todavía- que Perón se improvisó político para ocupar el vacío que dejaban el radicalismo claudicante y la izquierda alienada en los procesos y luchas lejanas, y aprendió a manejar las situaciones políticas colocándose, quizás sin saberlo él mismo, en la cresta de la ola de un movimiento polifacético y contradictorio.



Propaganda de la Secretaría de Trabajo y Previsión. Contratapa del periódico *En Marcha*, mayo-junio de 1948.

Un pragmático como él comenzó a cabalgar sobre la marcha, en el proceso mismo, y logró ir sosteniendo su liderazgo, al mismo tiempo, sobre diversas fuerzas sociales que confluían contra la vieja Argentina agropecuaria. Desde la Secretaría de Trabajo se convirtió en intérprete de los reclamos obreros, desde el GOU y la Secretaría de Guerra, en portavoz y mandatario de la oficialidad nacionalista, en sus tratativas y gestiones para arreglar huelgas descubrió a empresarios como Miranda, Lagomarsino y más tarde a Gelbard y entendió sus necesidades. Las circunstancias, a las que ayuda con su ductilidad y su rapidez de captación de hombres y situaciones, lo acostumbra a Perón a esa conducción pendular que llegará a manejar de manera esmerada y le permitirá, años más tarde, conducir al movimiento desde su remoto exilio.

Esta forma de ejercer el poder fue denominada "bonapartismo" por los fundadores de la Izquierda Nacional, esta-

bleciendo una analogía con la manera de gobernar de Luis Bonaparte, según el análisis de Marx en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*.

Muchos años después, al producirse la muerte de Aurelio Narvaja, Jorge Abelardo Ramos lo reconocerá como el marxista que echó las bases de la Izquierda Nacional y empleó, por primera vez, las categorías que caracterizarían a esa corriente ideológica, como, entre otras, "bonapartismo": "Narvaja desenredó la turbia y confusa madeja de los intereses extraños a la revolución y se atrevió a emplear vocablos nuevos en la estéril política argentina de izquierda y derecha: 'bonapartismo', 'bismarkiano', 'balcanización', 'burguesía industrial'. En lugar de la 'lucha de clases' de los papagayos, Narvaja instaló en el debate 'la cuestión nacional', que no excluía los conflictos. [...] Al producirse el 17 de octubre, cuando aún las masas que habían protagonizado los sucesos no sabían exactamente como llamarse a sí mismas, en el periódico *Frente Obrero*, Narvaja interpretó, sobre caliente, los acontecimientos e inventó una palabra que sería luego bastante conocida: peronismo. Sin comprometerse con el coronel Perón, marcó a fuego a sus adversarios de la izquierda y la derecha, abrazados y petrificados en la 'Unión Democrática'. Nadie explicó el origen y significación del peronismo en el mismo momento, más lúcida y rigurosamente que Aurelio Narvaja. [...] Él asoció a la izquierda socialista la palabra 'nacional' por vez primera"¹².

Con esa caracterización -bonapartismo- los fundadores de la Izquierda Nacional señalaban que el poder no estaba en manos directamente de una clase social determinada, que Perón no era exclusivo líder de los trabajadores, ni tampoco expresaba a la burguesía nacional en el poder, sino que él y la burocracia que lo rodeaba piloteaban vicariamente el proyecto nacional-democrático, o nacional-burgués, o de un capitalismo nacional *sui generis*, como se lo quiera llamar. Es decir, sin ser sus representantes directos ni exclusivos, timoneaban ese proyecto que la propia burguesía nacional era impotente para liderar, lo que daba a la política peronista caracteres muy específicos. Esta caracterización motivó polémicas, especialmente porque Perón no se elevaba por sobre "todas las clases sociales", como Napoleón III -aparentando gobernar para todas pero concretando el proyecto reaccionario de una de ellas-, sino solamente sobre las clases que integraban el frente nacional y asumiendo un proyecto progresista, diferencia emergida directamente de la condición semicolonial de la Argentina, distinta a la Francia capitalista del siglo XIX. Aquí, en la Argentina, la lucha de clases se desarrollaba entre la oligarquía y su aliado externo, con la complicidad de sectores de clase media, contra el movimiento nacional, aunque dentro de este existían también contradicciones de clase secundarias entre empresarios y obreros. Cooke señalará al respecto, en 1966: "La antinomia peronismo-antiperonismo no es una caprichosa creación del carácter de los argentinos, sino la forma concreta en que se da la lucha de clases en este período"¹³.

Hernández Arregui precisó la cuestión del "bonapartismo" al sostener que admitía ese rótulo -dada la manera peculiar de conducción del General- si se aceptaba que había bonapartismos reaccionarios como el de Napoleón III y bonapartismos históricamente progresivos, como el de Perón, cuya política de Liberación Nacional resultaba indudable. La discusión no es bizantina porque la singular naturaleza histórica del peronismo, el modo de conducción y la manera como los diversos componentes presionan sobre la dirección del frente harán crisis más tarde y en condiciones históricas distintas colocarán a los trabajadores frente a encrucijadas dramáticas.

Perón, que se ha preocupado largamente por la conducción militar, desde sus fun-

¹² Ramos, Jorge A., "La ideología en la Revolución Nacional", *La Patria Grande*, Buenos Aires, julio/agosto 1990.

¹³ J. W. Cooke, Conferencia en la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba del 4/12/1964.

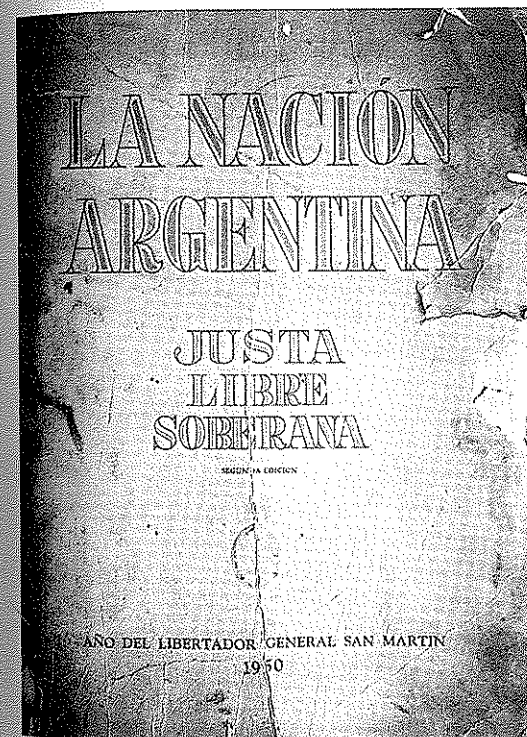
ciones docentes en la Escuela Superior de Guerra, se entusiasma con la experiencia que está desarrollando. Los antagonismos entre los componentes del frente se amenguan bajo el arbitraje del líder, las coincidencias prevalecen sobre las disidencias, ese "caos" que es natural de las sociedades humanas, según gusta decir, se ordena bajo su conducción. Y el General no trepida en elevar esa experiencia al plano de la teoría dándole fundamentos filosóficos, llegando a pretender que el justicialismo, a través de la "comunidad organizada", supera al liberalismo, "de índole egoísta", y al marxismo, "de esencia autoritaria".

Esta "comunidad organizada" cuyo trípode está dado por la CGT, la CGE y las Fuerzas Armadas se refracta asimismo en la organización del Partido Justicialista: rama gremial, rama política y rama femenina. Los opositores verán aquí rasgos corporativos e intentarán vincularlos a la visita de Perón a la Italia de Mussolini o a las influencias ideológicas de algún nacionalista clerical cercano al presidente. Pero se equivocan profundamente porque su mentalidad colonial les impide comprender que en la Argentina y, en general, en toda América Latina, la existencia de una cuestión nacional torna progresivo todo frente de clases oprimidas que promueva modernas relaciones de producción y crecimiento de las fuerzas productivas. Durante largos años, los profesores y los intelectuales calificarán despectivamente a estos procesos como "populismo", aunque últimamente han dejado de hacerlo porque un intelectual de alto nivel en Europa, como Ernesto Laclau, ha explicado el carácter históricamente progresivo de ese tipo especial de alianza de clases oprimidas y, por tanto, ha hecho caer la connotación peyorativa.

El peronismo: modernización y avance social

La oposición política al peronismo -y en especial, los intelectuales a su servicio- pretendieron aplicar el esquema sarmientino de "civilización y barbarie" para analizar esa experiencia sociopolítica tan compleja que tenían por delante.

Así, su grado de colonización mental, nutrido de historia mitrista, liberalismo económico, literatura estetizante, cosmopolitismo y universalismo, les impidió observar el notable grado de modernización que alcanzaba la sociedad argentina en esos años de posguerra. El extraordinario avance de la mujer, por ejemplo, no fue tenido en cuenta, quizás porque les irritaba demasiado la presencia de Eva Perón, convertida en "abanderada de los descamisados" y puente entre el presidente y los trabajadores. No entendieron que, más allá de sus valores propios de rebeldía y solidaridad que



Tapa del libro que informa el balance de la acción de gobierno, realizado en el año 1950.

la llevaron a quemar su vida en la entrega a "sus descamisados", el protagonismo de Evita junto a Perón resumía el notable avance logrado por las mujeres en esos años: de elementos útiles solamente para la cocina y la cama –o en el mejor de los casos, profesoras de piano, modistas o maestras–, pero siempre una carga para la familia, habían pasado a desempeñarse como delegadas en asambleas sindicales o estudiantiles, a ser abogadas, odontólogas o arquitectas, hasta llegar a ocupar roles en la Justicia o en el Parlamento. Del mismo modo adquirieron el derecho al voto y a ser elegidas, vieja reivindicación de las feministas de antaño, de aquellos tiempos en que se predicaba que primero debían educarse, sin comprender que aprenderían a votar, votando. Asimismo, ese avance les permitía disponer de ingresos propios y quebrar la sumisión al marido, la esclavitud del ama de casa e inclusive las palizas de que dan cuenta los tangos viejos. La sociedad industrial estableció de este modo una nueva relación entre los sexos, derrumbando mitos y prejuicios en poco tiempo.

Esa modernización se expresó asimismo en la ley de propiedad horizontal que debían haber sancionado los gobiernos anteriores o en las escuelas técnicas de aprendizaje y orientación profesional, que convirtieron al desocupado –al que llamaban vago porque se las pasaba en el café la mayor parte del día– en un técnico que debía tomar algo "de parado" en un copetín al paso porque todo era vértigo, novedad y proyecto. La proliferación del empleo de gas natural –construido el gasoducto Comodoro Rivadavia-Buenos Aires– vino también a posibilitar el baño diario, que no era algo común en la mayoría del pueblo, así como se difundió el empleo del teléfono.

Además, la reforma constitucional de 1949 dio marco legal a esta nueva situación, reconociendo los derechos de los trabajadores y de la familia, ahora que el jubilado había dejado de ser un personaje privilegiado y poco común en el barrio, para ser la condición natural de los ancianos que habían trabajado toda la vida. También esa reforma vino a legitimar la vieja lucha yrigoyeniana por la defensa de los recursos nacionales, nacionalizándolos, así como al comercio exterior y a establecer la función social de la propiedad.

Por eso resulta curioso que esa clase media que participaba de esta modernización echase en saco roto estos beneficios y se irritase, en cambio, ante los derechos crecientes de los trabajadores y su mayor consumo, brotándole un racismo furibundo que compartía con la clase alta contra esos "negros", "cabecitas", "provincianos" que irrumpían tumultuosamente en el escenario diciendo que "nadie es más que nadie".

En algunos sectores de clase media, esa fobia antiperonista emergió porque se trataba de inmigrantes que habían edificado su casa y con el tiempo habían hecho uno o dos departamentitos en el fondo, que les rendían buena renta y se encontraban ahora con que los alquileres congelados no les alcanzaban para pagar los impuestos, mientras crecía la inflación, lo cual les diluía la renta. En otros casos, era el poder que iban alcanzando los sindicatos y el delegado o la comisión interna, que ponían coto a las pretensiones de un pequeño tallerista o dueño de una mediana industria. También irritaba a la clase media porteña que ella, dueña exclusiva de los restaurantes del centro, debiera esperar mesa porque alguna gente de tez "oscuramente pigmentada" abusaba de su alegría en charlas de sobremesa o tuviese que compartir la arena playera de Mar del Plata, como si fuera "gente como uno", con una mucama del hospital de la vuelta o una "modistilla" de barrio que ni siquiera tenía título de "corte y confección", agravada esa tendencia igualitaria en los balnearios por hallarse casi sin ropas que marcaran diferencias de clase.

De este mundo de molestias e irritaciones pequeñoburguesas da cuenta Enrique Silberstein en un hermoso libro que se llama *¿Por qué Perón sigue siendo Perón?* Allí sostiene con agudeza: "Habría que analizar hasta dónde todo el odio que la oligarquía le tenía a Perón se debía a las leyes y disposiciones que estamos comentando o, pura y simple-

mente, a que les llenó Mar del Plata de 'grasas' y 'cabecitas negras' [...] Los sindicatos empezaron a comprar hoteles, los hoteles de la oligarquía, nada menos; así, por ejemplo, el Hurlingham fue adquirido por la Confederación de Empleados de Comercio. Las vacaciones pagas dieron nueva vida a Mar del Plata, a Córdoba, al norte del país, a Bariloche, a Uruguay [...] Desde el punto de vista humano, las vacaciones pagas abrieron un mundo nuevo a la gran mayoría de los argentinos que sabían que las vacaciones existían, que sabían que en Mar del Plata se gozaba del aire y del sol y se jugaba a la ruleta, que sabían que en Bariloche existían paisajes incomparables [...] Pero solo 'lo sabían'. Y he aquí que ahora lo veían, lo palpaban [...] El 'crotaje' aparece por cualquier lado. Uno levanta una piedra en Punta del Este y aparece un trabajador; mueve una ficha en la rula de Mar del Plata y aparece un trabajador; anda a caballo (o en burro) por las sierras y aparece un trabajador. Un trabajador con vacaciones pagas. Además, todos sabían, a todos les constaba que esas vacaciones pagas, que ese pasearse por Mar del Plata, esa ficha jugada en el Casino, ese paisaje que se observaba desde lo alto de las montañas, se lo debían a Perón. Habían sido conseguidas por Perón. Y si por casualidad no se había enterado, por todos lados aparecían altoparlantes que se encargaban de propalar la buena nueva"¹⁴.

Por otra parte, esa tumultuosa irrupción popular se asemejaba a aquellas monotonías del siglo anterior que los libros mitristas, los periódicos oligárquicos, las calles, las plazas y los monumentos se habían encargado de estigmatizar, fuera por acción o por omisión, como violadores de la institucionalidad que había implantado la vieja oligarquía, enemigos de la tradicional amistad hacia los ingleses que habían practicado próceres consagrados como Rivadavia o el propio Mitre. La clase dominante –única clasista, aunque todavía no lo advierte la izquierda abstracta– jugó toda su influencia para que amplios sectores de clase media, en especial los seudocultos, vieran "tiranía", "totalitarismo" o "fascismo" en esa experiencia de Liberación Nacional, reedición corregida y aumentada de aquella avalancha de las "chusmas" yrigoyenistas del año 16.

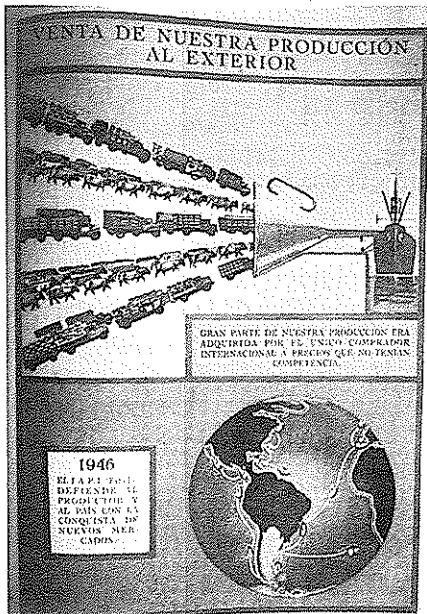
Transformaciones importantes

El frente nacional liderado por Perón avanza, durante la primera presidencia, en la política de nacionalizaciones y redistribución del ingreso a favor de los trabajadores, a través de un fuerte intervencionismo estatal.

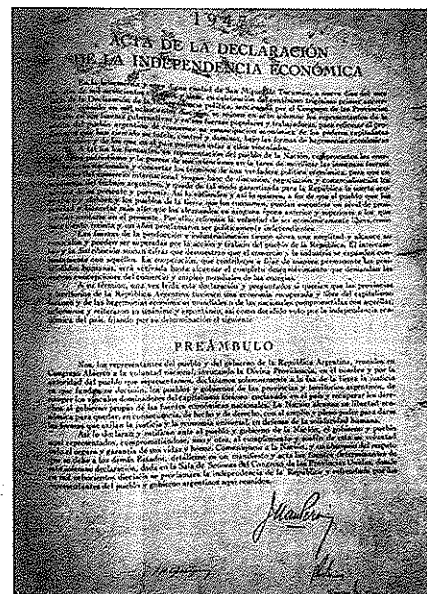
Debe señalarse que la condición fundamental para esta política de control del comercio exterior, los depósitos bancarios y el tipo de cambio reside en la decisión del gobierno de no adherir al Fondo Monetario Internacional, fundado poco tiempo atrás, pues este habría impedido esas medidas. Recordemos al respecto que el resto de los países latinoamericanos se incorporó a dicha institución y que inclusive, al principio, adhirió la URSS aunque luego se separó al comprender que la institución era una regencia internacional al servicio de la economía de los países centrales. De este modo, la Argentina puede desarrollar una política económica soberana que garantiza la continuación y profundización del crecimiento industrial que se venía operando con motivo de la crisis mundial y la Segunda Guerra, evitando así el error cometido en la posguerra del 18, cuando los avances de la industria se desmoronaron al restablecerse el orden mundial en los años veinte.

Dando prioridad a la ocupación de los trabajadores y al crecimiento del mercado interno, así como a la redistribución del ingreso, el gobierno sostuvo una política económica con rasgos muy particulares, logrando un equilibrio importante entre el consumo y la inversión. Sabido es que los países coloniales o semicoloniales, al intentar su desarrollo

¹⁴ Silberstein, Enrique: *¿Por qué Perón sigue siendo Perón?*, Buenos Aires, Corregidor, 1972, pp. 73 y 74.



Balance de la acción de gobierno en el terreno del comercio exterior.



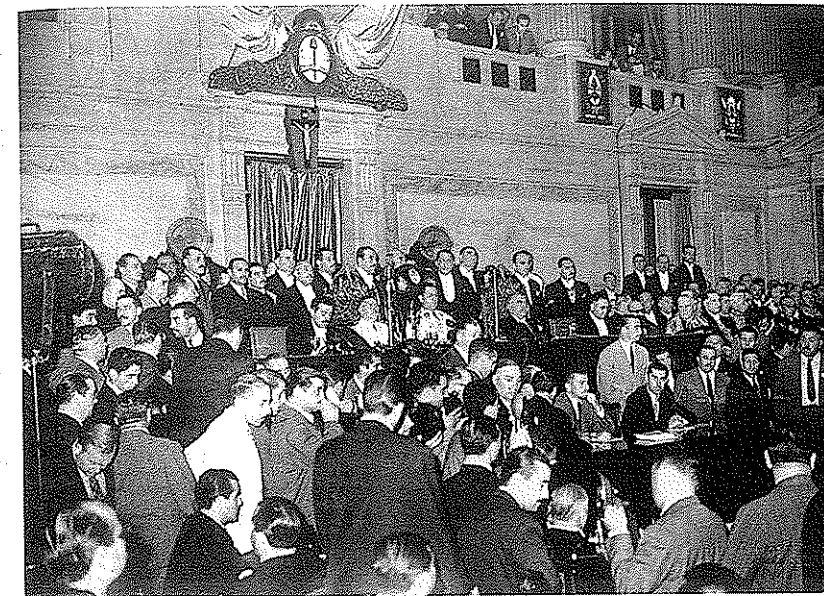
Acta de la Declaración de la Independencia Económica en 1947.

¹⁵ Díaz Alejandro, Carlos: *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1975, p. 129.

independiente, se encuentran ante la disyuntiva de destinar el ahorro interno a un mejoramiento del consumo popular o a las inversiones de base (transportes, siderurgia, energía, etc.). Respecto a esta cuestión, el economista cubano Díaz Alejandro reconoce que el peronismo fue un régimen de avanzada en muchos aspectos, pero sin embargo, afirma que "las políticas peronistas dan la impresión de un gobierno interesado no tanto en fomentar la industrialización cuanto en desplegar una política nacionalista y popular de aumento del consumo real, la ocupación y la seguridad económica de las masas -y de los nuevos empresarios-. Persiguió estos objetivos aun a expensas de la formación de capital y de la capacidad de transformación de la economía"¹⁵. A esta apreciación cabría hacerle dos objeciones: la primera, que cuando los países no crecen, los sectores populares deben 'apretarse el cinturón', pero parece, según este tipo de economistas, que cuando los países crecen también los sectores populares deben seguir 'apretándose el cinturón', como resultaría el proyecto de Stalin de convertir a una revolución popular en un régimen que despóticamente privilegió totalmente la inversión sobre el consumo. La segunda objeción es que, mientras el peronismo logró llevar a su más alto grado el porcentaje de distribución del ingreso en favor de los trabajadores, logró, al mismo tiempo, defender la industria liviana -con créditos baratos en épocas de inflación- e inclusive dio importantes pasos en la construcción de automóviles, tractores, aviones, astilleros, hidroelectricidad, y también intentó la industria pesada con SOMISA.

En política exterior, el gobierno intenta mantener autonomía aunque debe hacer concesiones, como la aprobación de las Actas de Chapultepec, en 1946, con la oposición de algunos diputados peronistas, entre ellos, John W. Cooke. Sin embargo en la misma época, privilegia la concreción de tratados comerciales con varios países latinoamericanos.

La cancelación de los saldos de deuda externa y el recupero de los resortes fundamentales de la economía por parte del Estado le permiten a



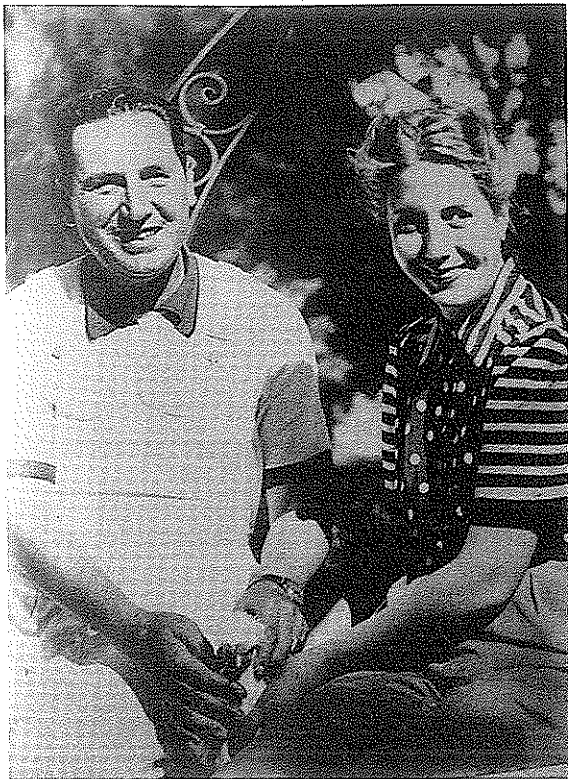
Jura de la Constitución en 1949, presidida por el presidente Perón, en la Cámara de Diputados de la Nación.

Perón declarar, el 9 de julio de 1947, la Independencia Económica desde la casa histórica de Tucumán. Se alcanza así la insólita posición de "deuda externa cero". Estos avances se expresan asimismo en el campo institucional en el juicio a la Corte Suprema -genuina representante del viejo régimen- y luego, en la sanción de la reforma constitucional, en 1949.

La vieja Constitución de 1853 resulta modificada introduciéndole capítulos referidos a los derechos del trabajador, de la familia, de la ancianidad y de la educación y la cultura (art. 37), así como también se consagra "la función social de la propiedad" (art. 38). Por su parte, el art. 40 autoriza la intervención del Estado en salvaguardia de los intereses generales y nacionaliza el comercio exterior, al tiempo que establece que los minerales, caídas de agua, yacimientos de petróleo, carbón y gas, y demás fuentes naturales de energía, con excepción de los vegetales, son propiedad imprescriptible e inalienable de la nación, como también que los servicios públicos pertenecen originariamente al Estado, estableciendo el modo de expropiación cuando se hallen en manos de particulares. En el aspecto institucional establece la elección directa de presidente y vicepresidente, así como también la posibilidad de reelección.

Además, el gobierno se define por una Tercera Posición entre los antagonistas de la Guerra Fría, lo que va desde el restablecimiento de las relaciones con la URSS (6/6/1946) hasta el reconocimiento del Estado de Israel (3/3/1949). A la vez, su aplicación al régimen interno que pretende colocarse más allá del capitalismo y del socialismo, la define Perón, en el Congreso de Filosofía de Mendoza, en 1949, como "la comunidad organizada".

Por otra parte, la política de asistencia social encuentra su mayor expresión en la acción de Eva Perón, quien, a su regreso de una gira por Europa, crea la Fundación que lleva su nombre, apuntalando así la política social del gobierno.



Perón y Evita tomados de la mano.

de los privilegiados la excluía por esas tres razones. Solo su enérgico temperamento y la lealtad a sus orígenes le permitieron quebrar el anonimato y la marginación, para convertirse en la mujer más querida y admirada por los pueblos, no solo en su propio país, sino en el mundo entero. Aquella "Chola" que recibía una muñeca rota como único regalo de Reyes y que ansiaba declamar en los actos del colegio primario, se abrió paso, a fuerza de coraje y amor a los desheredados, en un mundo donde preponderaba el machismo, el privilegio y la hipocresía institucional.

Ya antes de conocer a Juan Domingo Perón y en ese mundo del espectáculo proclive a los abusos y a la frivolidad, fue elegida delegada y luego presidenta de la Agrupación Radial Argentina, condición gremial que comúnmente se olvida.

Luego se unió a Perón -se casan el 22 de octubre de 1945- y se convirtió en su compañera de lucha y de ideales en esa inmensa tarea de liberar a la Patria y reivindicar a las clases desposeídas. Entonces, pudo ser la Primera Dama y prodigarse en las reverencias de recepciones diplomáticas, en la pompa oficial o en el "té-canasta" de las damas aristocráticas de la Sociedad de Beneficencia, pero optó por ser consecuente con sus orígenes, leal a su historia. No podía resistir la injusticia -que tantas veces la había desgarrado sin piedad desde su niñez- y contra ella se rebeló entregándose en cuerpo y alma.

A partir de allí -a los veintisiete años- transitó un duro camino de energías multiplicadas e inclusive de dicterios e injurias que la golpearon impiadosamente, pero quedó registrada en el afecto profundo de su pueblo como "la compañera Evita".

Distintas facetas de la vida de Eva Perón evidencian ese compromiso que mantuvo hasta su muerte. En lo estrictamente político, fue la compañera infatigable del general

¿Quién es Eva Perón?

Nació el 7 de mayo de 1919, en el partido de Gral. Viamonte, estación "Los Toldos", de la provincia de Buenos Aires. (Necesidades políticas obligan después a adulterar fecha y lugar, a través de una partida fraudada con nacimiento en Junín, el 7 de mayo de 1922, como María Eva Duarte). Era hija de Juana Ibarguren, concubina de Juan Duarte, que tenía su familia legal en Chivilcoy, quien, si bien había reconocido a los cuatro primeros hijos que tuvo con Juana, no quiso reconocerla a ella, la quinta. La inscribieron, por eso, como Eva María Ibarguren, lo cual provocará, años después, la torpe ironía de una pretendida biógrafa que consideró pecaminoso anteponer el nombre de aquella pecadora de los orígenes, al de la virgen.

Desde ese momento en que llegó al mundo, fue víctima de tres humillaciones: ser mujer, ser pobre y ser hija extramatrimonial. La sociedad

Perón, colaboradora insustituible en la tarea de constituir el puente entre el Presidente de la Nación y los trabajadores, portavoz de los anhelos, intérprete de los conflictos, colocando a la CGT en permanente contacto con el poder. Los gremialistas de aquella época testimonian ese acceso al Presidente a través de Evita y con toda razón la definen como "el puente" que conectaba a las bases con el líder.

A partir del retorno de su viaje a Europa -en 1947- se dedicó por entero a la consolidación de la Fundación que llevó su nombre.

Al mismo tiempo, bregó por la reivindicación de la mujer, luchando porfiadamente contra la discriminación de género, injusticia que venía de lejos y que había provocado respuestas y reclamos infructuosos. En esta tarea se convirtió en la principal propulsora del voto femenino, enfrentándose a quienes consideraban que la cocina y el dormitorio eran los únicos ámbitos legítimos del llamado "segundo sexo". El ascenso social producido en esos años, como consecuencia de la política industrializadora, tuvo en ella un paradigma incuestionable: de las tareas de corte y confección, la preparación de la comida, el pileton y los malos tratos, las mujeres del pueblo pasaron a las fábricas, a desempeñar cargos de delegadas, a la discusión en las asambleas de los sindicatos, y a las universidades para convertirse en médicas, abogadas, arquitectas y otras tantas actividades profesionales. Y votaron: eligieron y fueron elegidas. El 23 de septiembre de 1947 se promulgó la ley que sancionaba los derechos políticos de la mujer y una enorme concentración aclamaba a la mujer en cuyas manos había sido depositada la nueva norma, por la cual ella había batallado incansablemente.

Asimismo, cuando el notable avance social de esa época dejaba, sin embargo, un número de necesitados o marginados, ella tomó sobre sus hombros la tarea de combatir el hambre, la enfermedad y la pobreza. La Fundación que llevó su nombre fue su gran obra, complementaria de la tarea del gobierno en el camino hacia una sociedad de hombres y mujeres verdaderamente libres y plenos de vida. Bajo su extraordinario empuje proliferaron hogares de tránsito, hogares para ancianos, hogares escuelas, clínicas de



Fotografía de Evita en una marcha de la CGT.